

Las chimeneas de El Escorial

Antonio Bonet Correa

Este texto formó parte del conjunto de ensayos preparados por distintos autores con ocasión del IV Centenario del Monasterio de El Escorial en el catálogo de la exposición *Ideas y diseño [La Arquitectura]*, publicado en 1986 por la Dirección General de Arquitectura y Edificación. [P+C]



[1] MEDALLA DE JUAN DE HERRERA, 1578, ANVERSO, GRABADO, Siglo XVIII. [P+C]

Nota del editor

La estructura de la revista P+C necesita un número suficiente de aportaciones gráficas como acompañamiento a los textos que publica. En este caso, el acopio de imágenes del texto original ha sido complementado con algunas otras, concordantes con el contenido del mismo. Los pies de las ilustraciones dan razón de su procedencia original o complementaria.

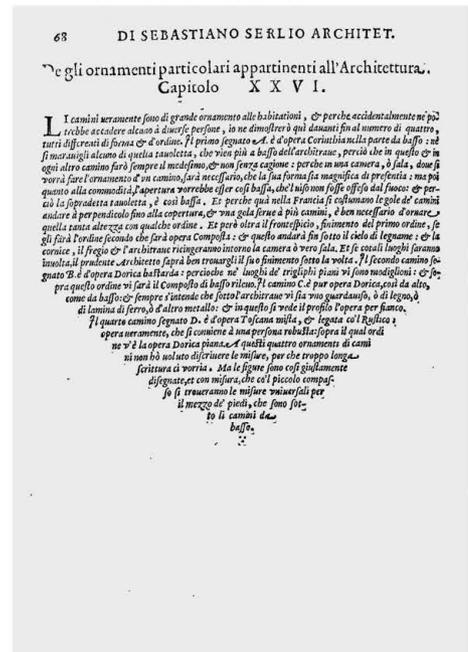
El Escorial es un orden completo y acabado, un edificio en el que las distintas partes y los diferentes elementos arquitectónicos tienen una correspondencia entre sí, están dictados por una idea común. En principio, siguiendo los conceptos agustinianos de la belleza, de lo igual, lo similar, lo armonioso, lo congruente y lo concordante, todo en su fábrica responde a una directriz única. Desde su construcción hasta nuestros días, El Escorial ha admirado siempre por su homogeneidad a los viajeros y curiosos. También a los estudiosos de la arquitectura les ha llamado la atención por la simetría y similitud que rige la totalidad de sus partes. Salvo en contadas y excepcionales imperfecciones, fruto más del afán de mantener la apariencia de unidad ante resoluciones difíciles —como la de alzar el Monasterio y el seminario a la altura del palacio, corrigiendo así la primera traza de Juan Bautista de Toledo—, la fábrica de El Escorial presenta una rigurosa simetría e igualdad en todas sus partes. Su ingente mole es la cristalización de la traza universal, de una idea totalitaria de lo arquitectónico. El efecto unitario del conjunto y el pormenor de los detalles se equilibran tanto en su planteamiento como en su realización. Nada, en principio, es discrepante. Sus piezas sueltas, las que el P. Sigüenza denomina «partes menudas», con funciones y tamaños diferentes, escaleras, pasajes y tránsitos, rebancos, fuentes y pilas de agua, carpinterías, cerrajerías, etc., se encajan o engarzan en el conjunto de la fábrica sin disentir o presentar disconformidad. Un denominador común determina la identidad estilística del conjunto. Nada, en principio, parece colocado a la fuerza o a posteriori. El equilibrio conceptual y formal, de orden, simetría e igualdad, rige lo que desde la primera hasta la última piedra del edificio fue pensado y realizado de acuerdo a un programa meditado y una armonía preestablecida de antemano.

¿Participan las chimeneas de El Escorial en esta unidad de concepto y estilo o por el contrario son añadidos o partes inevitablemente aparte, secundarias y sin importancia, residuos de una materialidad que no tiene que ver con el diseño del conjunto? ¿Se acuerdan o son elementos extraños y ajenos a lo puramente arquitectónico? He aquí las interrogantes que muy pocos se han planteado a su respecto.

En un edificio las chimeneas son un elemento imprescindible y en cierto sentido esencial. Sin hogar o fogón no existe la casa. El término mismo de hogar, por metonimia, designa la casa o mansión. Al exterior la casa habitada se traduce en la columna de humo que se eleva por su chimenea exterior. Un niño nunca olvidará la chimenea cuando dibuja

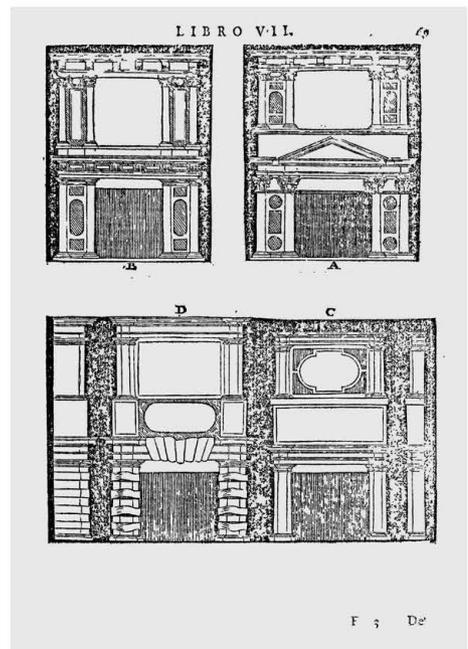
una casa. Lo mismo hizo Juan de Herrera al dibujar los alzados, grabados por Perret, para el *Sumario y breve declaración de los diseños y estampas de la Fábrica de San Lorenzo el Real del Escorial*, publicado en Madrid en 1589. Las fachadas del Monasterio de San Lorenzo están rematadas, además de sus chapiteles, acróteras de bolas, buhardillas y cruces, por sus chimeneas con su correspondiente humeante columnilla. A excepción de Gustavo Doré y algún que otro dibujante, no hicieron lo mismo los que reprodujeron la ortografía del edificio. Casi siempre suprimen las chimeneas, aun tratándose de arquitectos que pretenden dar una visión completa de todas sus partes. Quizá se trata de un olvido involuntario, pero no por ello menos significativo. El inconsciente les ha traicionado. A sus ojos El Escorial es un edificio imponente y hermético, un paradigma de la perfección arquitectónica. Es una fábrica absoluta y mayestática, sin vida, en la que todo es rígido, simétrico y distanciado de lo humano. Al prescindir, deliberadamente o no, de las chimeneas existentes, se eliminaba un elemento perturbador del orden ideal, ya que las chimeneas no sólo representan el mundo doméstico y bajo de las cocinas o la calefacción sino también por estar colocadas, como al azar, según las necesidades de puntos de fuego en el interior del edificio. Las chimeneas de El Escorial están dispuestas a distancias desiguales y aunque guardan semejanza de forma y proporciones, unas son simples, otras dobles e incluso de cuádruple sección. Muchos de los historiadores antiguos tanto como los arquitectos modernos, en un afán desmedido de purismo, han querido corregir la realidad. Más papistas que el Papa, se erigen, gratuitamente, en censores arquitectónicos, convencidos, sin duda, de que así tapan los «defectos» o errores de Juan de Herrera. Nada de plausible tiene su acción falsamente a favor de lo correcto.

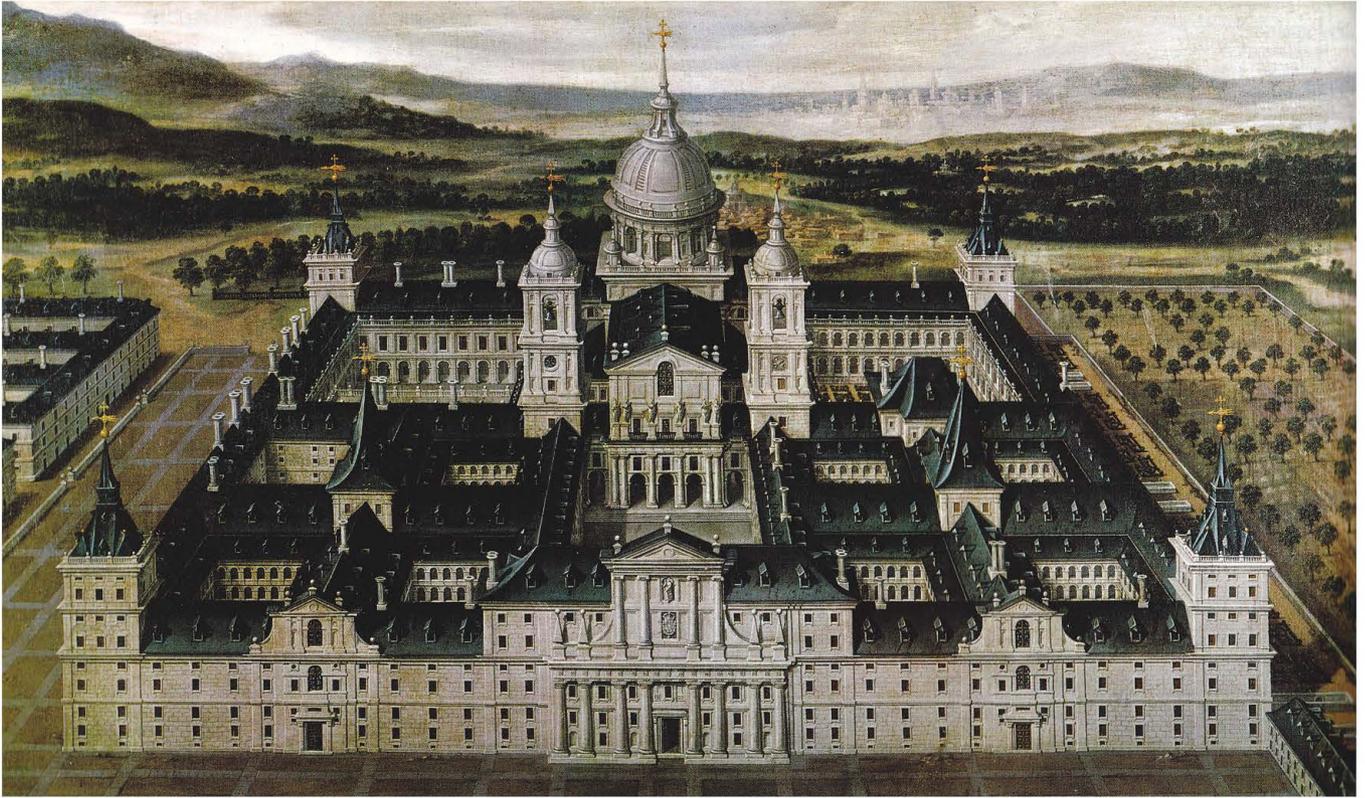
Entre las numerosas descripciones literarias de El Escorial son muy pocas las que mencionan las chimeneas. El Padre Sigüenza, siempre tan puntual y atinado en noticias sobre el edificio, fue el primero que se ocupó de precisar su existencia. En el *Discurso XVIII* de su *Fundación del Monasterio de El Escorial*, en el que trata de las *Piezas ordinarias de esta casa, cantinas, desvanes, aljibes, fuentes, arcas de agua y conductos*, nos hace saber que «las chimeneas que se ven salir por lo alto, como son todas a un nivel y tienen tan graciosa hechura, con pedestales y cornijas y bases estriadas, a manera de columnas de piedra blanca, hacen buena vista y acompañamiento sobre el azul de la pizarra; pasan de cincuenta, si no las he contado mal». Casi es lo mismo lo que cuenta a su propósito el Padre de los Santos, en su *Descripción breve del monasterio de San Lorenzo el Real...* (1657). En prosa ya barroca dice que «las Chimeneas que se levanten en la cumbre de los Empizarrados, como son todas a un nivel, y tienen tan graciosa hechura, a manera de Colunas Istriadas, de Piedra blanca, con sus Pedestales, Basas y Cornixas, salen muy bien sobre lo azul de las Pizarras: y passan de cinquenta en todo el Quadro». El Padre Bermejo en su *Descripción artística del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial y sus preciosidades después de la invasión de los franceses* (1820), además de precisar que algunas son pareadas, señala que existen «otras muchas, que se han hecho posteriormente en la parte de palacio», refiriéndose a las que Juan de Villanueva levantó a finales del siglo XVIII en los arreglos encargados por Carlos IV en la parte del palacio real.



[2] SEBASTIANO SERLIO, VENEZIA 1584, DEGLI ORNAMENTI PARTICOLARI APPARTINENTI ALL'ARCHITETTURA, LIBRO VII, CAPITOLO XXVI, P. 68. [P+C]

[3] SEBASTIANO SERLIO, VENEZIA 1584, DEGLI ORNAMENTI PARTICOLARI APPARTINENTI ALL'ARCHITETTURA, LIBRO VII, CAPITOLO XXVI, P. 69.





[4] ORTOGRAFÍA DEL REAL MONASTERIO DE EL ESCORIAL, ESTAMPA ILUMINADA, Siglo XVII. [P+C]

Chimeneas en España

Antes de nada importa señalar el carácter excepcional de la existencia de chimeneas en España. A diferencia con la arquitectura francesa e inglesa o la del norte de Italia, en la española no se cuenta con un número suficiente de chimeneas que merezcan ser recordadas, sobre todo si se comparan con las ostentosas fachadas, platerescas y barrocas, que les sirven de base. A excepción de la elegante chimenea gótica de la catedral de Pamplona, de las hermosísimas del Palacio de Monterrey en Salamanca, obra de Rodrigo Gil de Hontañón, las de pintoresco Italia-nismo del Palacio del Duque de San Carlos en Trujillo (Cáceres), las de tipo popular del Monasterio de Guadalupe (Cáceres), las más cultas de los pazos gallegos y los ejemplares urbanos de Santiago de Compostela entre los que destacan las de la Casa de la Parra, obra de Domingo Antonio de Andrade y las de la Casa de la Conga, de Fernando de Casas y Novoa o, ya en nuestra época, las modernistas de Antoni Gaudí en la Pedrera de Barcelona, no se puede reseñar muchos más ejemplos. La lista es corta respecto a Francia o Inglaterra, en donde durante el siglo XVII se encuentran conjuntos tan interesantes como los de los castillos del Loira, en especial Chambord, o en Inglaterra las de Hatfield-House o Burghley-House, por citar dos muy significativos.

[5 Y 6] FACHADAS PRINCIPAL Y LATERAL DEL MONASTERIO DE EL ESCORIAL, PLANOS, 1759. [P+C]



En el siglo XVI en España, aparte de las ya citadas de Rodrigo Gil de Hontañón o las de Trujillo, de autor desconocido, hay que mencionar las chimeneas de ladrillo de los palacios de Valsaín, el Pardo y otras casas de los Sitios Reales. Como se sabe, fue Felipe II quien, con motivo del casamiento de la reina María Tudor, hizo que el arquitecto Gaspar de la

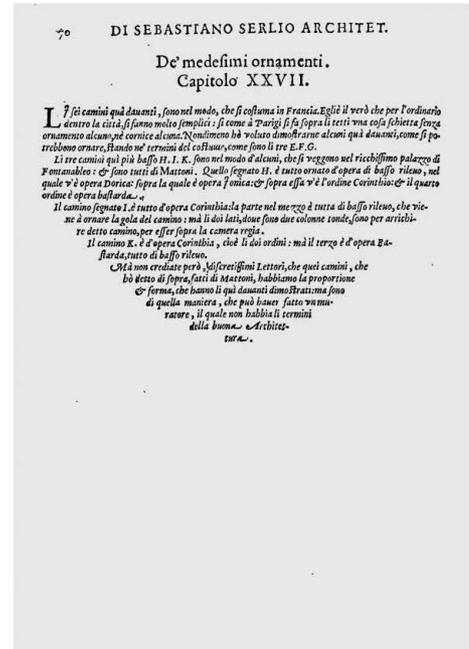
Vega le acompañase con el fin de que estudiase en el extranjero los edificios y las prácticas constructivas útiles para España. También el Rey hizo que su arquitecto regresase por tierra a España, visitando Flandes y Francia. Al informe que Gaspar de Vega escribió sobre su viaje, Felipe II le puso acotaciones como la del reproche de no haber visitado Chambord, del que Martín Cortés le había dicho era «lo mejor». A este viaje y a los pizarreros que posteriormente Felipe II hizo venir de Flandes para aplicar el tipo nórdico de tejado pendiente en sus casas del bosque de Segovia, se debe el género de cubiertas de pizarra, buhardillas y chapiteles que será característico de la arquitectura de la dinastía austriaca de los Habsburgo. En Madrid se aplicarán estas novedades al antiguo Alcázar, del que los dibujos de 1565 por Wingaerde o el fondo del retrato de las Infantas Catalina y Micaela y Clara Eugenia por Sánchez Coello nos muestran las grandes chimeneas de la mansión real española. También, en la entonces flamante capital de España, se construyó la famosa Casa de las Siete Chimeneas, quinta o villa campestre, acabada en 1557 por el arquitecto Antonio Sillero. Su arquitectura, según Chueca Goitia «obedece a las influencias de Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera; que si bien no pudo probarse documentalmente que alguno de ambos maestros la proyectara o construyera, tampoco existe nada que prohíba su atribución, por lo menos en cuanto a traza». Según Javier Rivera quizás el proyecto para la Casa de las Siete Chimeneas pertenezca «acaso a Gaspar de Vega, con cuyas obras de Martín Muñoz y Valsáin el edificio guarda cierta relación». Las chimeneas cilíndricas, de esta casa madrileña, son de ladrillo. Es curioso constatar, ligado al círculo de un Rey tan preocupado y conocedor de la arquitectura como era Felipe II, la existencia de un nuevo concepto y práctica de cubrir los edificios, resolviendo a la vez su mejor y más cómodo uso en lo relativo a cocina y calefacción, que se traduce en las chimeneas, hasta entonces y después tan descuidadas en lo español. Como una serpiente enroscada o la pescadilla que se muerde la cola, El Escorial es la piedra de toque, el paradigma de la chimenea dentro de la arquitectura cortesana.

Las chimeneas en la historia

No queremos insistir más en la pobreza de las chimeneas españolas. En lo popular existe un repertorio importante que cubre la zona pirenaica desde Cataluña hasta el País Vasco y en la cantábrica desde Santander hasta Galicia. Una zona marginal con chimeneas es la de Extremadura, que en arquitectura recibe las influencias atlánticas de Portugal. En el resto de la Península las chimeneas son en sus materiales y factura muy humildes.

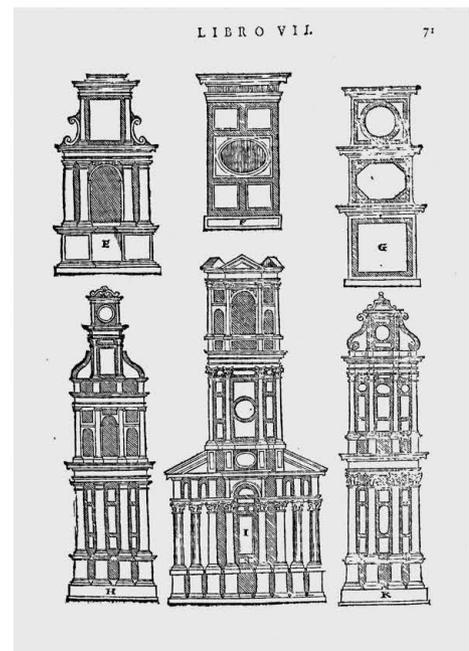
De adobe, barro cocido, ladrillo y rara vez de mampostería de lajas o piedras mal cortadas, por regla general, están recubiertas con unas tejas que oblicuamente dispuestas sirven a la vez de caperuza y ventano para la salida del humo. Su tamaño es casi siempre pequeño. Su estructura, que no requiere una mano de obra especializada, no puede ser más simple.

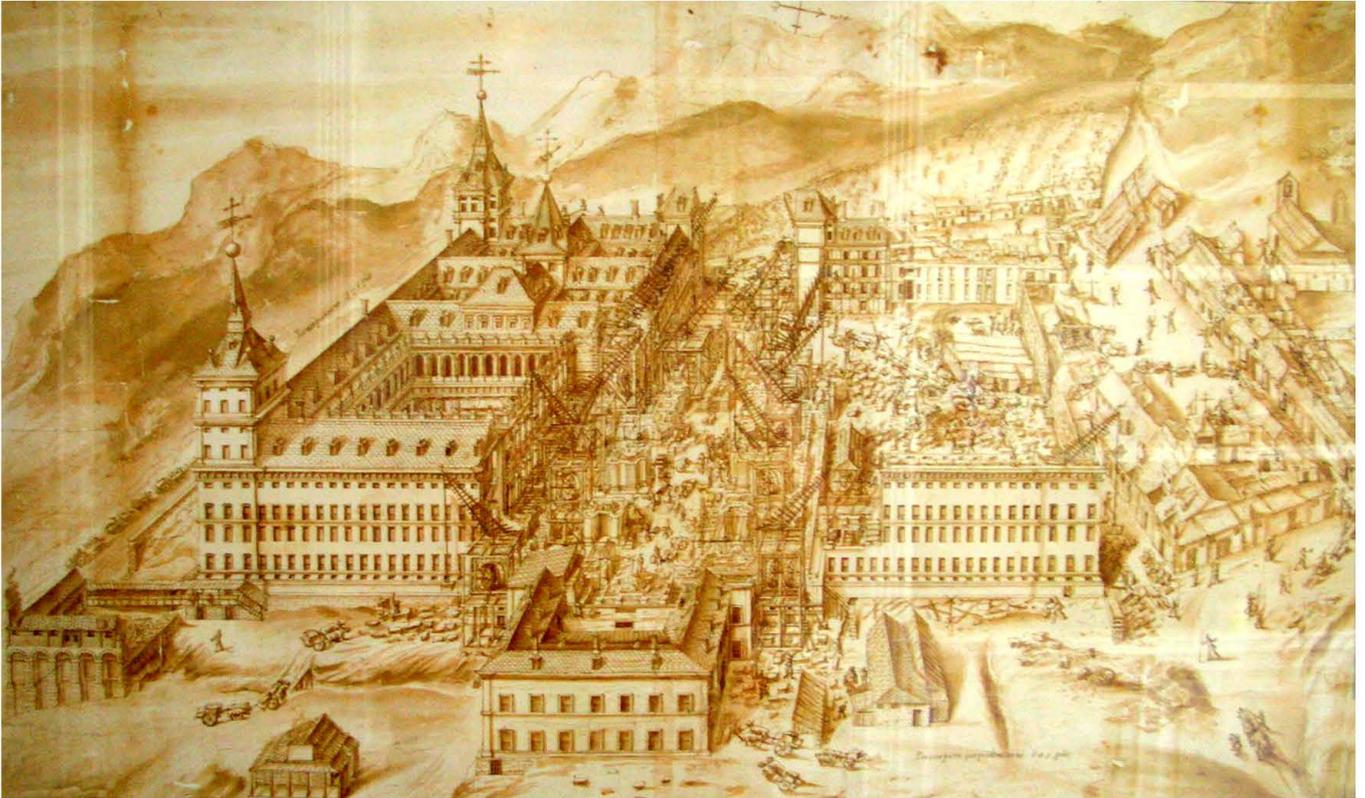
Desde el origen de la casa humana, el hombre dispone en su interior un lugar para el fuego, con el fin de cocinar sus alimentos y calentar las estancias de su vivienda. La distribución de las habitaciones estará determinada por el hogar y las chimeneas que sirven para expulsar



[7] SEBASTIANO SERLIO, VENEZIA 1584, DE' MEDESIMI ORNAMENTI, LIBRO VII, CAPITULO XXVII, P. 70. [P+C]

[8] SEBASTIANO SERLIO, VENEZIA 1584, DE' MEDESIMI ORNAMENTI, LIBRO VII, CAPITULO XXVII, P. 71.



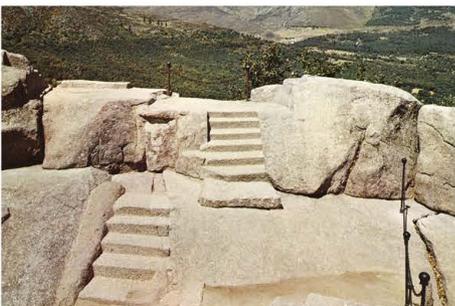


[10] LAS OBRAS DEL MONASTERIO DE EL ESCORIAL, DIBUJO Siglo XVI. [P+C]

al exterior o desalojar el humo. La historia de la casa a través de las distintas civilizaciones y épocas es, en gran medida, la de sus chimeneas.

La casa griega de la antigüedad no tiene chimenea. El humo del hogar o fogón, colocado en el centro de la estancia, salía por un agujero abierto en el techo y que solía cerrarse por medio de una válvula. Para lograr que la casa fuese caliente en invierno y fresca en verano se tomaban precauciones de carácter natural. Aristóteles da normas para que la casa tuviese aeración en el estío y para que estuviese soleada durante la estación fría, además de señalar que debía estar protegida de los vientos septentrionales. Jenofonte se ocupa también de cómo debía ser la refrigeración y la calefacción por medio de una adecuada orientación de la casa. Quien más nos ilustra sobre la materia es Vitruvio que, en el libro VI, trata de las «calidades de regiones, y de diversos estados del cielo, según los cuales se han de disponer los edificios», en especial en el capítulo IX «De las razones de los edificios rústicos, que son de labradores...» y en el libro VII «del enluzir y xaharrar» las estancias, en especial el cenadero, para evitar los inconvenientes, suciedad y desperfectos que causa el humo en los muros y molduras. De este espacio o lugar aconseja que se sitúe del lado en que se pone el sol con el fin de que se caldee por la tarde, que era cuando se hacía la comida principal. Para la calefacción, los griegos usaban los «escarias», recipientes similares a los braseros que, con origen en Oriente, fueron adoptados por los occidentales. Los romanos usaban también braseros metálicos que sobre trípodes servían para caldear las casas poco acondicionadas de la antigüedad, que no utilizaba el fuego de las chimeneas. Muy curioso y sorprendente es la interpretación de la casa antigua por Cesariano que al

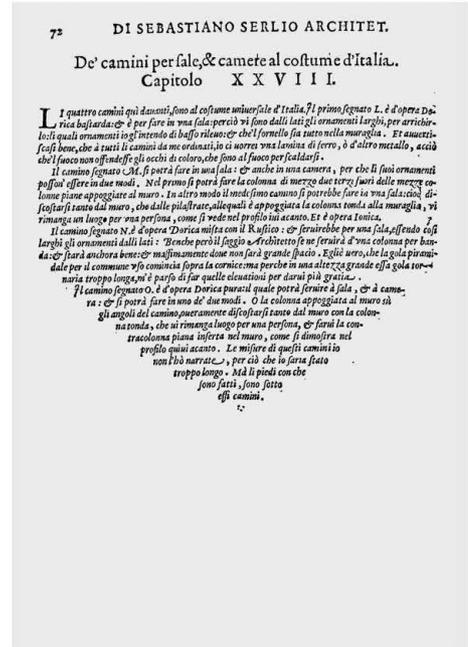
[9] SITIO TALLADO EN LA ROCA DESDE DONDE EL REY FELIPE II SEGUÍA LAS OBRAS DEL MONASTERIO. [P+C]



ilustrar Vitruvio, al representar la casa corintia, le coloca una enorme y humeante chimenea de tipo nórdico de comienzos del siglo XVI. No hay que olvidar que el Cesariano era del lago de Como en donde los inviernos de clima alpino son rudos. En la edición española del Vitruvio, traducido por Miguel de Urrea, publicado en Alcalá de Henares, en 1582, se reproduce el grabado de Cesariano. Es el triunfo de lo nórdico sobre lo mediterráneo.

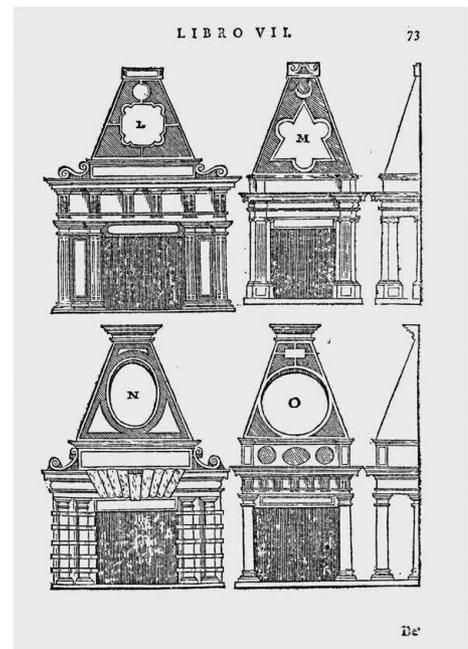
En la Edad Media, el hogar o cocina adquiere en Europa unas proporciones y una importancia enormes. En las salas de guardia de los castillos y en las cocinas de los castillos y abadías se construyeron chimeneas cuya campana ocupaba el espacio de toda una estancia o gran parte de ella. En las mansiones feudales o en las casas de labor, el señor y su servidumbre y en los monasterios la comunidad, se sentaban en torno al fuego. El centro de la vida familiar o colectiva era el hogar. Es la arquitectura vernácula de los países húmedos y fríos, de origen celta, del septentrión, la que Yago Bonet ha designado como «arquitectura del humo». Citar aquí ejemplos de grandes hogares y chimeneas tanto europeos como españoles resultaría prolijo. La abadía benedictina de Saint-Michel de Fontevraud, en el valle del Loira, con su cocina al exterior, cuenta con veinte chimeneas secundarias y una gran chimenea principal de forma cónica. Este ejemplo singular por su estructura y perfil influiría en otro elemento arquitectónico. Como ha demostrado Elie Lambert, es el antecedente de los cimborrios de las catedrales de Zamora y Evora (Portugal) además de la Torre del Gallo de la Catedral Vieja de Salamanca. En España no se encuentran ejemplares tan sorprendentes y bellos. Las cocinas importantes pertenecen siempre a monasterios cistercienses como el de Huerta (Soria) o el de Osera (Orense). Una chimenea importante de la época gótica es la ya citada de la catedral de Pamplona.

A finales de la Edad Media se produjo un cambio en el sistema de calefacción de las casas. Las nuevas formas cortesanas y de vida urbana fueron decisivas para la mutación. Además de la cocina común para preparar los alimentos se construirán chimeneas en otras piezas de la mansión: salones, cámaras, dormitorios, guardarropas y gabinetes de estudio. Son chimeneas dedicadas únicamente a la calefacción de un ámbito de la casa, antes sin otro calor que el que podía proporcionar un brasero. Las noticias más antiguas que se tienen de chimeneas adosadas a un muro datan de 1227 en Venecia. A partir de esa fecha se conocen muchas más en otras ciudades de Italia, propagándose pronto su uso más allá de los Alpes. En la pintura italiana del siglo XV de Masolino a Massaccio y de Mantegna a Carpaccio se podrá comprobar la abundancia de chimeneas en el paisaje urbano de Florencia y Venecia. Con su forma singular, a manera de tiara o gran caperuza troncocónica invertida sobre una columna tubular, las chimeneas venecianas marcarán el paisaje urbano de la ciudad de las lagunas. En Francia, además de los haces de tubos de las chimeneas del Hotel de Jacques Coeur, en Bourges, ejemplo de la casa burguesa ciudadana, los castillos del Loira son los prototipos de las mansiones reales y aristocráticas, en cuyos interiores se utilizaban abundantemente las llamadas chimeneas francesas. Los tejados serán verdaderos bosques de torres, piñones, gabletes y chimeneas. El castillo de Chambord es un pintoresco y grandioso muestrario de chimeneas de diferentes volúmenes, tamaño y decoración.



[11] SEBASTIANO SERLIO, VENEZIA 1584, DE' CAMINI PERSALE & CAMERE AL COSTUME D'ITALIA, LIBRO VII, CAPITULO XXVIII, P. 72. [P+C]

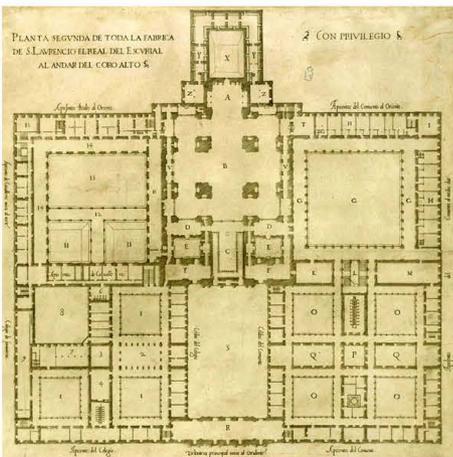
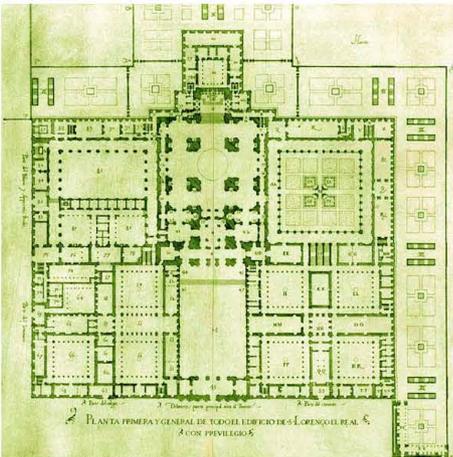
[12] SEBASTIANO SERLIO, VENEZIA 1584, DE' CAMINI PERSALE & CAMERE AL COSTUME D'ITALIA, LIBRO VII, CAPITULO XXVIII, P. 73. [P+C]





[13] VISTA DE CONJUNTO DEL MONASTERIO DE EL ESCORIAL. [P+C]

[14 Y 15] PLANTAS PRIMERA Y SEGUNDA DEL MONASTERIO DE EL ESCORIAL, PLANOS Siglo XVI. [P+C]



Las chimeneas en la tratadística de la arquitectura

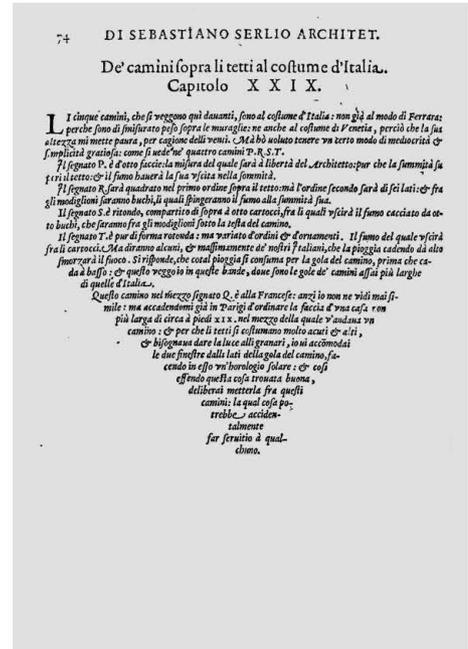
Leon Battista Alberti, traducido al castellano por Francisco Lozano y editado, en 1582, con la aprobación de Juan de Herrera, trató en el siglo XV de las chimeneas. En su *De Re Aedificatoria*, libro V, capítulo XVIII, *Sobre la casa de granja del dueño, y de los demás nobles, de su fábrica, y cada qual de las partes*, se ocupa, citando a Vitruvio, de la manera de combatir los estragos del humo que llena de hollín que se deposita en las paredes de las salas en que se hace fuego. Señala también cómo los antiguos usaban «leños purgados... los cuales llaman carbones» en hogares móviles de hierro y cobre, lo que era más saludable que el fuego directo del hogar. Alberti, tras señalar —novedad importante— que los alemanes usan estufas, describe cómo es el tiro de las chimeneas y la salida del humo por «la garganta de las chimeneas», cual si fuera «el sonido de la trompeta». A propósito de la chimenea sobre el tejado da consejos de cómo debe cubrirse «la cornilla de la cabeça alta» con el fin de que no entre la lluvia. También cómo deben hacerse «las narices anchas puestas a la redonda» y las bocas, es decir los agujeros o ventanas, para que salgan bien los humos y la posible colocación de dispositivos móviles contra los vientos.

Sebastiano Serlio, el boloñés, fue el tratadista italiano que en mayor medida se ocupó de las chimeneas. Al igual que para los órdenes o cualquier otro elemento, proporciona modelos y da diagramas. Aparte de su variada gama de chimeneas de salón según los órdenes y tamaños, con canes, ménsulas, estípites y cariátides, «matronales», Serlio incluye en el Libro VII, capítulo 29, entre varias láminas, una de particular interés. En ella se ven cuatro tubos o caños de chimeneas o «camini» a la manera italiana y una a la manera francesa. Los italianos son de sección circular o poligonal que sostienen un cuerpo alto, remate, cabeza o capitel en forma de farol o linterna. El modelo francés, al igual que los de otra lámina del mismo libro, es de sección rectangular y se compone de varios cuerpos superpuestos, de volúmenes ligeramente decrecientes con un reloj solar y decoración clásica. A propósito de la altura de las chimeneas, Serlio señala que en Ferrara, por sus fábricas de gran tamaño, ejercen «un peso desmesurado sobre los muros» y que en Venecia llegan a tener una altura que «causa pavor debido al viento». Es

de notar también que en el Libro II, al montar la *Escena cómica*, Serlio muestra una calle de ciudad de casas con chimeneas a lo italiano, mientras en la *Escena Trágica* la ciudad, de templos y edificios clásicos de la antigüedad, carece de este elemento moderno. La ciudad de la tragedia es para personajes con coturnos. En el fondo de su arquitectura con cornisas, frontones y acróteras, sólo se levantan una pirámide y un obelisco. En la misma época, el alemán Hieronymus Rodler, en su *Perspectiva...* (Simmer, 1531, Franckfort, 1546), al representar la calle de una ciudad germánica, coloca en las casas humeantes chimeneas.

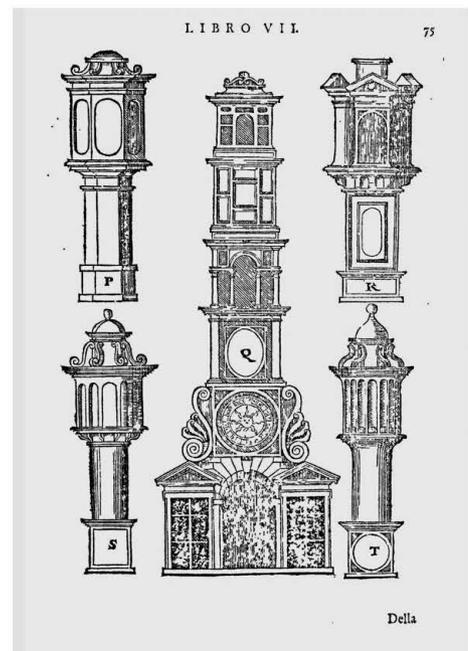
Nadie mejor que Serlio entendió el paso dado del uso del fuego de la cocina medieval al de las chimeneas de salón o estancia doméstica. Al ornato de su delantera y la forma de la campana le dedica la atención requerida, señalando que las italianas son de forma piramidal o cónica invertida y las francesas están compuestas por un paralelepípedo vertical, paralelo al muro de la estancia en que se encuentra. Scamozzi, en su tratado *Dell'idea dell'Architettura Universale* (Venecia, 1615), distingue entre la chimenea a lo romano, con el conducto o cano embutido o entregado al muro, la lombarda, rehundida sólo a la mitad y la francesa saliente y paralela al muro. En España y en especial en El Escorial, las chimeneas serán casi siempre del primer tipo. A su propósito digamos también que causa asombro la simplicidad de líneas y factura de las chimeneas de la parte del palacio real construido por Felipe II. Otro tanto, y con mayor justificación, podría decirse de las cocinas, por igual las del palacio y las de la comunidad religiosa. Y ya que hablamos más de los conductos de las chimeneas que de la decoración, aprovechemos la ocasión para señalar que los conductos vistos por debajo de los tejados en los desvanes resultan enormes con sus gruesas fábricas de piedra, ladrillo y cal.

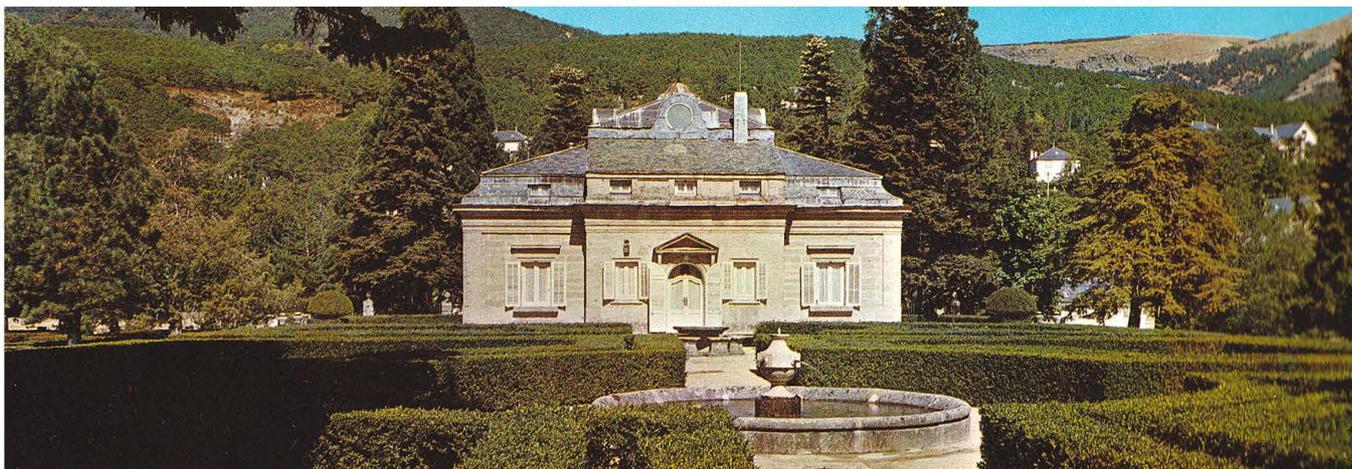
A Andrea Palladio le reprochó la Academia francesa del siglo XVIII el no marcar en sus planos el lugar en donde se debían colocar las chimeneas, lo mismo que las camas de dormitorio. Sus plantas de edificios están dibujadas pensando sólo en la belleza del conjunto y la simetría de las partes. Nunca en la comodidad y las conveniencias de la vida diaria. Su distribución del edificio es puramente teatral, de aparato escénico, de espacios para que en ellos se muevan humanistas preocupados solamente de los efectos que realzan la figura del hombre sabio y pleno del poder de la inteligencia. Todo lo contrario ocurre en las obras del gran arquitecto francés Philibert Delorme, el cual en su libro *Le Premier tome de l'Architecture* (París, 1567), reeditado junto con el *de Nouvelles Inventiones pour bien bastir a petits frais* (1568 y 1576, además de las ediciones del siglo XVII), incluye un verdadero tratado de chimeneas. Todo el Libro IX de su *Architecture* está consagrado al estudio de tan importante elemento para la casa. Compuesto por diez detallados capítulos en los que se ocupa de las chimeneas de salones reales, de las mansiones de príncipes, nobles y grandes señores, cámaras y guardarrobas, además del ornato de su revestimiento y las formas de fogón, analiza cuáles son los mejores tipos de conductos para facilitar la salida del humo y que éste no vuelva a entrar al hogar. En materia de cocinas, señala cómo deben ser para cocinar con limpieza. Su texto, bien ilustrado, es de carácter práctico, dando consejos útiles para los que van a construir una chimenea. Sus grabados, además de modelos, sirven para mostrar cómo funciona el fuego dentro del tiro de la chimenea. Es



[16] SEBASTIANO SERLIO, VENEZIA 1584, DE' CAMINI SOPRA LI TETTI AL COSTUME D'ITALIA, LIBRO VII, CAPITOLO XXIX, P. 74. [P+C]

[17] SEBASTIANO SERLIO, VENEZIA 1584, DE' CAMINI SOPRA LI TETTI AL COSTUME D'ITALIA, LIBRO VII, CAPITOLO XXIX, P. 75.

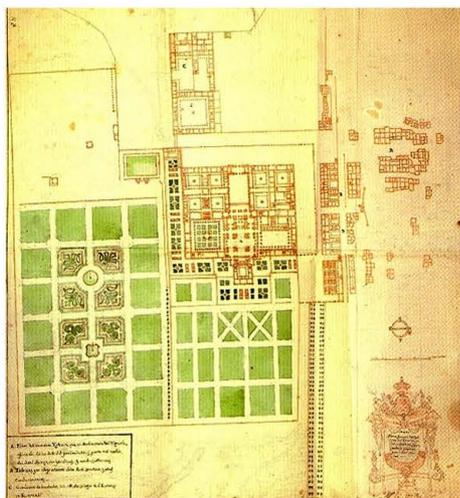




[18] JUAN DE VILLANUEVA, 1773. CASITA DEL INFANTE, 'CASITA DE ARRIBA', EL ESCORIAL. [P+C]

curioso constatar que en este capítulo incluye la representación de la famosa *Torre de los Vientos* de Atenas, descrita por Vitruvio en su Libro I. Delorme repite la versión gráfica que figura en la traducción francesa de Vitruvio de Jean Martín y Jean Goujon (París, 1547), inspirada en la reconstrucción hecha por Cesare di Lorenzo, Cesariano (Como, 1521). El español Miguel de Urrea, en su versión en castellano del Vitruvio (Alcalá de Henares, 1582), retoma, simplificándolo, el modelo dado por Cesariano. No es tan casual el que Delorme mezcle a las chimeneas —especie de torres— la de los Vientos de Atenas. Como es bien sabido, para que una chimenea tenga buen tiro, es necesario que su tronco o conducto exterior sobrepase al menos medio metro el punto más alto del caballete principal del edificio. En los castillos y palacios del Renacimiento en Francia, con agudos tejados de diferentes cuerpos con distintas alturas, se imponían las chimeneas con remates muy altos, con el fin de que el viento pudiese fácilmente alejar el humo tras su salida. También es sabido y Viollet-le-Duc nos lo recuerda con su *Histoire d'une Maison* (París, s-a) cómo en las ciudades cercanas a cadenas montañosas como por ejemplo Ginebra, en Suiza, las casas, por muy altas que sean, con los vientos violentos sufren en sus chimeneas remolinos, que reenvían el humo al interior de sus estancias. En El Escorial, famoso por sus vientos, Juan Bautista de Toledo, para libertar al edificio de los vientos cardinales, que son los más fuertes, situó su fábrica con algo más de doce grados de declinación y las chimeneas se encuentran colocadas en el punto más alto del caballete del tejado. Un huracanado viento fue el causante, en 1671, del incendio catastrófico del Monasterio, que comenzó en una chimenea de la parte noroeste. Eolo está ligado al trazado de las ciudades y de los edificios y habitaciones de los hombres.

[19] GIAN BATTISTA NOVELLO, 1740, PLANTA Y JARDINES DEL MONASTERIO DE EL ESCORIAL. [P+C]



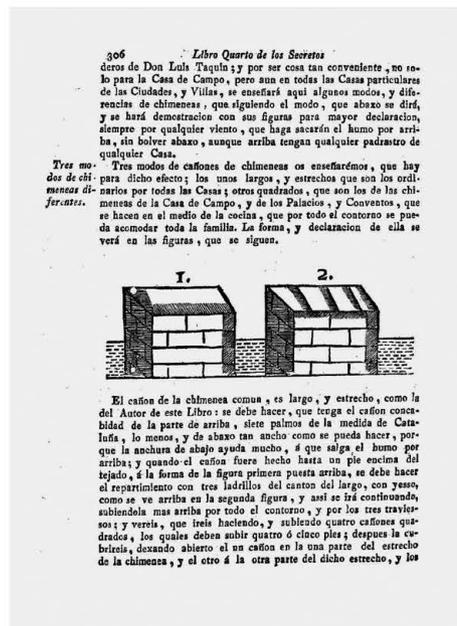
En la tratadística española, el primero y único que se ocupa de las chimeneas fue el catalán fray Miguel Agustín, conocido popularmente como el Prior. Autor del *Libro de los Secretos de Agricultura. Casa de Campo y Pastoril*, publicado en 1617 en catalán y a partir de 1626 en castellano, su obra fue muy leída en el agro español, como se comprueba por sus múltiples reediciones —más de veinte— en los siglos XVII y XVIII. En el Libro IV, Capítulo 2º, trata de los *Secretos del Sitio, Forma y fábrica de la Casa de Campo, con las formas de chimeneas, para que el humo no se buelva abaxo, por cualquier viento que*

ande. El Prior, como es lógico al ocuparse de la casa rústica o de labor, presta gran atención al buen funcionamiento de las chimeneas: «tres modos de cañones de chimeneas os enseñaremos, que hay para dicho efecto; los más largos y estrechos que son los ordinarios por todas las casas; otros quadrados, que son las chimeneas de la Casa de Campo, y de los Palacios, y conventos que se hacen en medio de la cocina, que por todo el contorno se pueda acomodar toda la familia». Importantes son los grabados con que ilustra su texto, en el que explica que las chimeneas deben tener en su parte alta cuatro agujeros para que salga bien el humo. Además de advertir que «es imposible que a un mismo tiempo soplen quatro vientos juntos», Miguel Agustín, que escribe en el Rosellón, donde es frecuente que haya tramontana, aconseja la utilización de pequeños cañones de barro cocido colocados horizontalmente, a manera de los tubos de los órganos musicales españoles. Los dibujos de sus chimeneas, al igual que el de sus hornos, están inspirados en las ilustraciones de la *Pirotechnia* de Vannoccio Biringuccio (Venecia, 1540) y *De re metallica*, de Giorgio Agrícola (Basilea, 1556). Las chimeneas de fray Miguel Agustín lanzan al aire rizados penachos de humo.

Tanto Felipe II como Juan de Herrera eran coleccionistas de tratados. El Rey era un entendido en arquitectura. Desde su juventud se preocupó directamente de los edificios construidos por la corona. No cabe duda de que en materia de chimeneas, lo mismo que vimos respecto a los tejados, debía tener sus ideas particulares. En sus viajes por Europa pudo comprobar cómo funcionaban a la perfección las chimeneas llamadas francesas. También las diferentes formas de sus cañones o troncos sobre los tejados. Las de El Escorial forzosamente pasaron bajo su vigilante control. En El Escorial no había problema con la leña para alimentarlas. En un país en el que el método de calefacción corriente era el brasero —bajo una mesa tapada con un paño, al igual del Kangri oriental, extendido desde Turquía a la India— y en el que no se usaba todavía la estufa, que desde Dinamarca a Moscú, pasando por Berlín y Viena fue el medio centro europeo de caldear los interiores, las chimeneas tenían que multiplicarse en un edificio de tan grandes dimensiones. En la coronación de los tejados tenían que diseñarse de acuerdo a su buen funcionamiento y congruencia con la totalidad.

Las chimeneas en El Escorial

Las chimeneas de El Escorial son en principio clasicistas. De fábrica de piedra, su cañón estriado recuerda el fuste de una columna. Ahora bien, aunque tienen una basa y un remate o cimera a manera de capitel, sus proporciones no son las de un orden clásico. Sobre todo cuando, tal como en el patio de los mascarones, los cañones de las chimeneas están cubiertos con una caperuzas metálica de agudos perfiles triangulares, rematados con pequeñas bolas. A manera de coronas, estas caperuzas dan un aire gótico y septentrional a las chimeneas, especie de torrecillas, flechas o agujas de erizadas formas picudas. Quizá por encontrarse en el palacio habitado por Felipe II tienen estos remates que las diferencian simbólicamente de las del resto del edificio. Razón que explicaría su aspecto más arcaico. De lo que sí carecen es del clasicismo radical que Serlio usó para el diseño del pabellón de baños que debía construirse en los jardines del castillo de Fontainebleau. Sobre una gran peana cuadrada, con un exterior de aparejo rústico, se levantaba un edículo



[20] FRAY MIGUEL AGUSTÍN, LIBRO DE LOS SECRETOS DE AGRICULTURA..., LIBRO CUARTO, P. 306.

[21] FRAY MIGUEL AGUSTÍN, LIBRO DE LOS SECRETOS DE AGRICULTURA..., LIBRO CUARTO, P. 307.

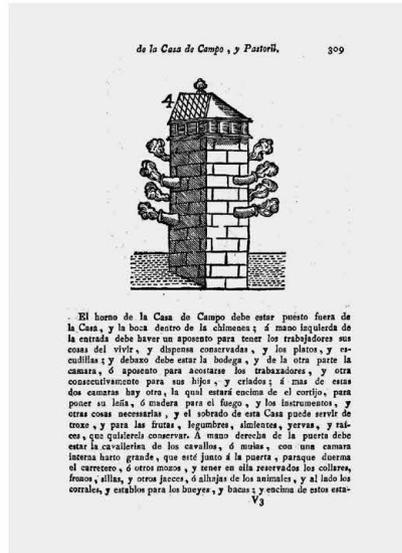
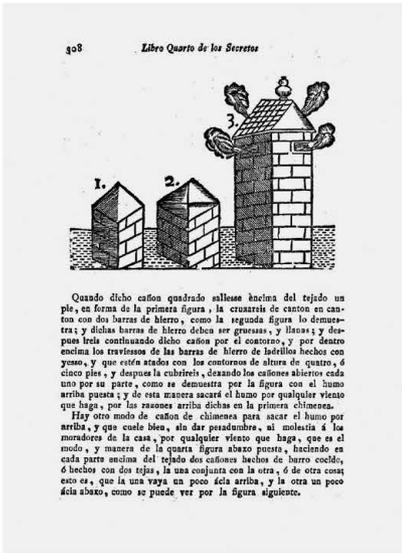




[22] VISTA GENERAL DEL MONASTERIO DE EL ESCORIAL Y SU PAISAJE. [P+C]

cubierto con una cúpula flanqueada por dos grandes columnas dóricas que servían de chimenea al horno alojado en la parte baja. El proyecto, por desgracia no realizado, hace pensar en Nicolás Ledoux, la obra de un arquitecto revolucionario o un ingeniero visionario de la época preindustrial. Pero ni Felipe II ni Herrera se permitían tales manierismos.

En El Escorial existen otras chimeneas: las tres que Juan de Villanueva levantó sobre los tejados del palacio borbónico. Obra del siglo XVIII, tienen otro perfil. Al estar colocadas al borde del alero del patio del rey, para poder alcanzar la altura del caballete, son mucho más esbeltas que las de Herrera. Sobre una ancha base en talud se levanta su cañón cónico de sección poligonal rematado por un cuerpo alto o respirado en forma de cazuela, estas chimeneas recuerdan la maqueta de un moderno depósito de agua. Recubiertas por entero de plomo, con su color gris ponen una nota elegante en el azul-negro del tejado de pizarra. Villanueva muestra aquí el cuidadoso tratamiento de sus atinadas intervenciones en El Escorial. También de Villanueva son la serie de chimeneas que coronan el caballete de la Casa de Oficios, que recorre el lado norte de la lonja, frente al monasterio. Allí las chimeneas hacen juego con el edificio de Herrera. Su esquema es el mismo, aunque simplificado. También su escala y sus proporciones. De sección circular,



[23] FRAY MIGUEL AGUSTÍN, LIBRO DE LOS SECRETOS DE AGRICULTURA..., LIBRO CUARTO, P. 308.

[24] FRAY MIGUEL AGUSTÍN, LIBRO DE LOS SECRETOS DE AGRICULTURA..., LIBRO CUARTO, P. 309.

tienen basa, fuste y cimera sin molduras. De tejado arriba las chimeneas, formando «cuerpo junto» con las torres, cúpulas, cimborrios, frontispicio, pirámides, acróteras y bolas, coronan el magno edificio de El Escorial. Felipe II, según el P. Sigüenza, no quiso que se albergase bajo su techo «dentro, ni pegado a sus paredes bestia ni animal de servicio sino hombres de razón», de forma que los animales necesarios para la vida y economía de la comunidad se guardasen estabulados en dependencias exteriores situadas más allá de la campaña. Sin embargo, el bajo mundo de la cocina no podía evitarse. Tampoco el de la calefacción, que con sus chimeneas subía hasta lo alto con sus gruesos conductos de fábrica de piedra. Debajo del tejado dividían los camaranchones o desvanes, fríos en el invierno y tórridos en el verano, en los que se encontraban las habitaciones de la servidumbre y los novicios y pupilos del seminario. Desde las buhardillas se pueden contemplar a placer las chimeneas exteriores.

Mundo de gatos y diablos cojuelos, las chimeneas son también espejo de la comodidad del interior de un edificio. Bien sabía esto Pedro Pablo Rubens cuando, en 1622, publicó para ejemplo de sus conciudadanos de Amberes el libro *Palazzi di Genova*, en el que recogía las fachadas y planos de las mansiones de los ricos armadores, banqueros y comerciantes genoveses. La chimenea es allí signo de riqueza ostentosa, de la misma manera que en el interior lo son la escalera de doble rampa a la imperial o los ornamentos de los salones, en los cuales las chambranas de las chimeneas son elementos muy importantes que contribuyen a dar magnificencia al conjunto. En El Escorial, Felipe II, sin caer en la vanidad del nuevo rico sino con la circunspección propia de un Salomón moderno, cuidó que todo el edificio, incluido el remate exterior de las chimeneas fuese congruente con la seriedad y las insólitas magnitudes de una fábrica arquitectónica, paradigma de la religiosidad y gravedad de la monarquía española. ■



Antonio Bonet Correa es catedrático de Historia del Arte desde 1964. Universidad Complutense de Madrid.